

EDICION DE LUJO, ILUSTRADA CON LÁMINAS.

MISTERIOS DE ROMA

Ó SEA LA

HISTORIA DEL PODER TEMPORAL,

por E. B.

UN TOMO.

Entregas 13 y 16

ADMINISTRACION.

PROVINCIAS.

San Bernardo, núm. 54, cuarto 2.º

Corresponsales de la Administracion.

L47
3831

EDICION DE PLOJO IMPRIMIDA CON PLUMAS

MISTERIOS DE ROMA

Q-28A LA

HISTORIA DEL PODER TEMPORAL

por E. M.

EN TOMO

Entregas 1/2

PROVINCIA

ADMINISTRACION

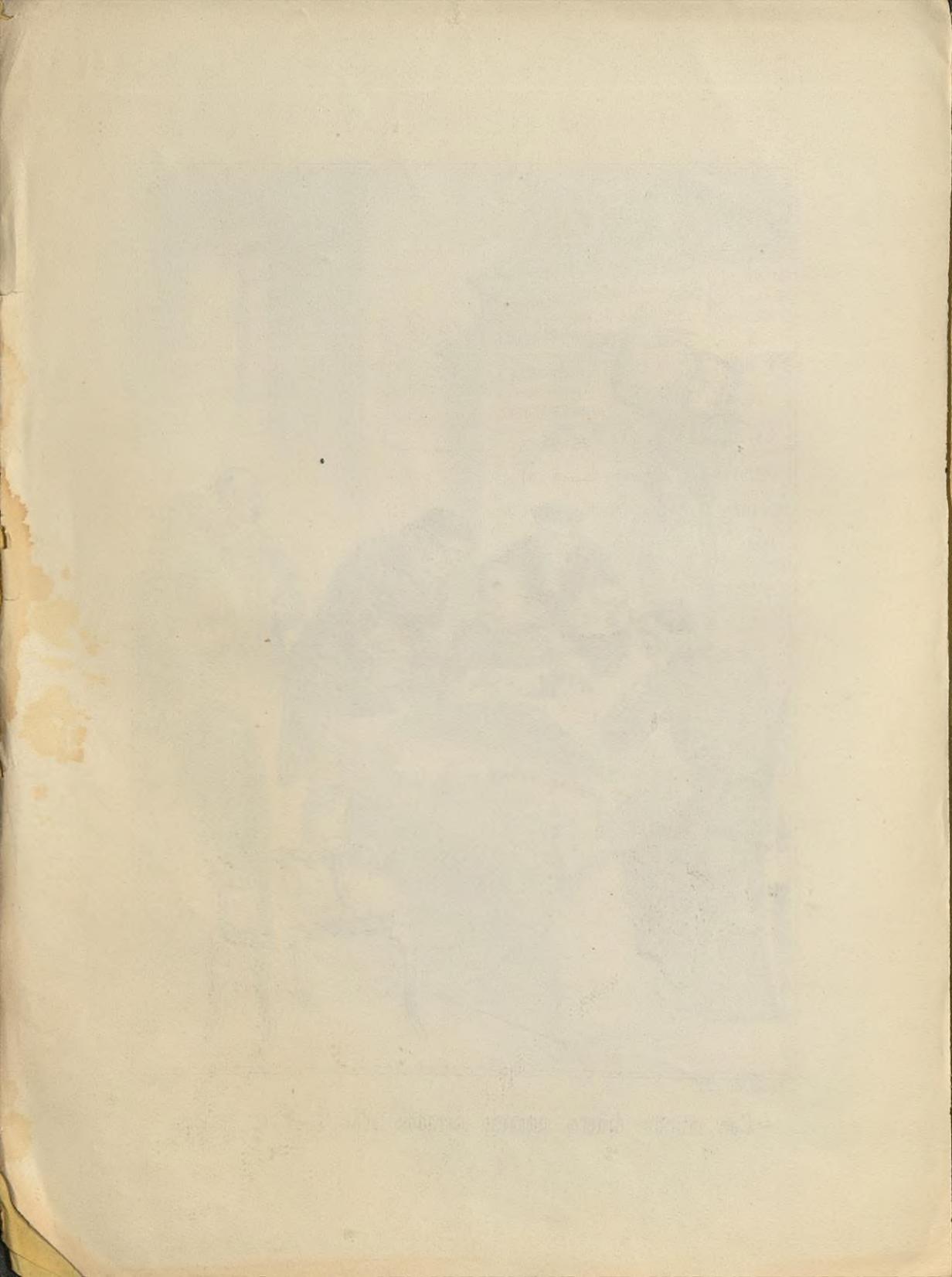
San Bernardo núm. 54 cuarto 2.º Corresponsales de la Administración.



Urrabieta, Dib.º y Lit.º

Lit. N. Gonzalez, Madrid

- Con mucho dinero, quedarán borrados todos vuestros pecados.



su porte exterior, pero la mala educacion le habia pervertido.

Estéban pasó su niñez al lado de su madre, señora de costumbres libres, quien desde sus primeros años familiarizó á su hijo con la desordenada vida que llevaba; á los doce años entró en un colegio de jesuitas en Viterbo; los romanos llaman á esta poblacion la ciudad de las bellas.

No se puede negar que los jesuitas son hábiles maestros; á pesar del parentesco eclesiástico que Estéban tenia, jamás creyeron sus profesores que se dedicara á la Iglesia, porque conocian su inclinacion á la vida social; así es que se ocuparon á la ligera de su instruccion: en cambio dejáronle dar rienda suelta á sus vicios, y jamás le reprendian en sus gustos ó en su vagabunderia con objeto de engendrar en él cierto cariño hácia sus maestros para lo que pudiera servirles más adelante, de modo que jamás le affigieron en su infancia, procurando, por el contrario, mimarlo en todos sentidos.

En cuanto á principios religiosos, sucedió con Estéban lo que con Voltaire, que de tantos discípulos como tuvieron los jesuitas en Francia, él fué el ménos religioso.

A su salida del colegio, Estéban habitó en el palacio de su tío, quien á la muerte de su madre le mandó habilitar uno de los numerosos *palazzine* que poseia en Roma. Dueño de la fortuna de su madre y animado por el ejemplo de su tío, Estéban derrochó en ménos de dos años la considerable herencia materna. Como la prodigalidad de Estéban hacía que fuera el objeto de todas las conversaciones, ese despilfarro, léjos de disgustar á Panfilio le halagaba, y se henchia de orgullo cada vez que oia elogiar á su sobrino; gus-

tábale sobremanera verle considerado como modelo de elegancia, y contemplábale gozoso marchar al frente de los fashionables romanos.

Compréndese fácilmente que Estéban, viviendo en medio de aquella embriaguez, fuese colmado de favores; cuantas mujeres eran consideradas en Roma como tipos de belleza y galantería, buscaban afanosas su amistad y se disputaban la posesion de su tierno cariño; así es que Estéban fué elevado á la cúspide por aquel círculo de cortesanas. Entregóse, pues, sin tasa á aquellos placeres que á porfia le ofrecian; mas en aquellos arranques y embriaguez de sus sentidos, jamás habia conocido lo que era amar, y con la mayor facilidad dejaba la que habia sido objeto de su lascivo capricho, para entregarse en cuerpo y alma á cualquiera mujer que le llamara de nuevo la atencion.

Por esta razon monseñor Panfilio creyó que en uno de esos momentos de tregua podia poner en ejecucion los proyectos que se habia forjado sobre el porvenir de su sobrino.

Es verdad que Estéban no tenia en estos últimos períodos de su brillante fortuna un crecido número de criados á su servicio, pero tenia que satisfacer á tanto vicio, eran tan grandes los gastos ocasionados por sus caprichos, locuras y calaveradas, que Panfilio creyó, con razon, que ya era tiempo de buscar en las dignidades de la Iglesia los medios de poder satisfacer las disipaciones de su sobrino.

Algunas recientes relaciones, de cuyo origen tendrán nuestros lectores conocimiento un poco más adelante, habian puesto á Panfilio en contacto directo con personas muy próximas al Padre Santo, gentes *d'aderenza papalina*, como dicen en Roma, y podia obtenerse con su proteccion cuanto

quisiera para su sobrino, cuya difunta madre habia tenido ciertas amistades con el nuevo Pontífice.

De modo que, sin saberlo, Estéban habia echado á rodar todas las combinaciones de su tio, y es que en su imaginacion sólo veia tres cosas: Primera, su amor por la jóven judía. Segunda, el temor de que ésta no llegase á amarle. Y tercera, el peligro en que se hallaba su amada viéndose expuesta al resentimiento de Panfilio, porque Estéban sabia que su tio era hombre capaz de destruir por todos los medios los obstáculos que se oponian á la realizacion de cualquiera de sus planes.

CAPÍTULO VI.

EL TESORERO.

Bajo el peso de las irritantes impresiones en que hemos dejado á Estéban, tomó éste la resolución de tener una última entrevista con su tío; mas al llegar al palacio de monseñor, se vió detenido en los primeros pasos por el guardia suizo, que no queria dejarle entrar; esto le causó una desagradable sorpresa, porque creyó que tal consigna era tal vez para él solo, mas no tardó en saber que aquella orden era general.

Mientras nuestro jóven insistia para pasar más adentro, pudo ver la llegada sucesiva de tres carrozas que penetraron en el patio del palacio; en la portezuela de uno de aquellos carruajes se distinguian las insignias de un prelado; otro era de color oscuro, pero sin escudo de armas y sin que los lacayos vistieran librea. De este coche se apeó un hombre que vestia una larga sotana negra, sin adornos de ninguna especie; un sombrero negro de anchas alas ocultaba

su rostro. Estéban creyó ver salir de la tercera carroza á una mujer.

Desde algunos días, la poblacion entera era presa de cierta inquietud; en el Quirinal, en las reuniones de los primeros funcionarios, en casa de los primados de la Iglesia y en todos los salones, todo eran preguntas y respuestas dadas en voz baja; las conversaciones que tenian lugar en los sitios públicos y en los corros que formaba el pueblo, todo participaba de aquella misteriosa ansiedad; ninguna señal exterior podia dar la explicacion de tan extraña situacion; nada parecia haber interrumpido el curso de la marcha normal, y sin embargo, la alarma y el presentimiento público no se equivocaban; ¡tan admirable es el instinto en el espíritu popular!

Antes de continuar nuestro relato, preciso es que expliquemos los motivos de aquel malestar de la ciudad de Roma; por otra parte, estos hechos están enlazados tan íntimamente con el argumento de nuestra obra, que sin separarnos del camino directo encontramos al paso uno de los capítulos más misteriosos de los anales de Roma en el siglo XIX.

Algunos años ántes de que tuvieran lugar los acontecimientos que vamos dando á conecer, un jóven abate habia sido ascendido del humilde título de simple capellan, al cargo eminentemente elevado de tesorero con el título de «monseñor.»

Su talento, y sobre todo sus relevantes servicios, justificaban plenamente su rápido ascenso: jamás tesorero pontifical supo mejor que él hacer ingresar en caja los réditos del Estadó y tener mejor las llaves del tesoro; así es que el

Papa, para recompensar sus buenos servicios y hacerse más adicto á un hombre tan hábil, le nombró cardenal: para el nombramiento de tesorero existía una dificultad, porque el reglamento de la córte de Roma declara incompatible el cargo de tesorero con la dignidad de cardenal; pero en Roma sucede con la ley como con la conciencia; todo puede eludirse: al nuevo cardenal se le extendió el nombramiento de pro-tesorero y ocupó el puesto del ex-tesorero general.

En los Estados romanos la administracion de hacienda no está sujeta á ninguna especie de revision: el tesorero jamás rinde cuentas oficialmente. Cuando las arcas están vacías, sólo debe ocuparse de llenarlas; el prelado que desempeña este importante cargo, no puede ser destituido por cualquiera causa, sin que al mismo tiempo se le dé ingreso en el colegio de cardenales, es decir, en el recinto inviolable; porque esos príncipes de la Iglesia católica sólo se someten á las leyes que deben ser interpretadas por ellos mismos: fácilmente se comprenderá que un empleo tan cómodo como es el de tesorero, sea muy solicitado; en efecto, es objeto de todas las ambiciones.

Un gérmen funesto lleva consigo el poder de la córte romana: «*el egoismo.*» Entregadas las riendas del Estado á ancianos próximos al sepulcro, siempre se hallan en manos de Pontífices, que no pudiendo pensar en el porvenir á causa de su vejez, arrancan al presente todo lo que pueden, agotan todos los recursos y sólo dejan tras ellos un Estado empobrecido.

Quando toda la cristiandad era tributaria de Roma; quando naciones, reyes y pueblos estaban sujetos con bienes y personas á la dominacion pontifical; quando la fiscalidad de

la Santa Sede y el tráfico de indulgencias y gracias espirituales estaban en todo su apogeo, entónces Roma podia dar cuanto hacía falta para proveer á la prodigalidad de sus Pontífices, cuya cupidez les llevaba hasta vender lo del cielo para con su producto poseer la tierra.

El oro del mundo entero, y más adelante el de ambos mundos, affluían á Roma.

El escándalo producido por la desdichada renta de los objetos sagrados, segregó de la Santa Sede á una parte de Europa; y luego por la enormidad de los abusos, el poder de Roma se derrumbó de siglo en siglo, y con él su monstruosa opulencia.

Desde el advenimiento de Pio VI, que tuvo lugar en 1775, hasta nuestros dias, la situacion del poder de Roma se ha hecho más pobre á la vez que más terrible; en tiempo de aquel Pontífice la asignacion de los empleados era mezquina, pero en cambio los altos funcionarios llenaban plenamente sus arcas; en aquella época todavía se pagaban las deudas contraidas por Sixto V, que habia empeñado las rentas públicas para levantar un ejército, con el que tuvo que reprimir las turbulencias de los barones.

Los gastos eran mayores que los ingresos; entónces Pio VI creó cédulas, y á los que le hacian presente el mal estado de la hacienda, contestaba con desenfado: «¡Qué importa! tengo yo muchos millones en el tintero.»

Pero tras de estos tiempos vienen otros peores; los Estados romanos se hallaron exhaustos, y el Pontífice, despojado de su tiara y de su poderío, tuvo que morir en la expatriacion.

Pio VII probó de crear recursos á las necesidades del era-

rio, estableciendo el impuesto llamado «*la dativa reale*,» contribucion que alcanzaba á todas las propiedades sin distincion.

El clero se resistió enérgicamente contra aquella medida, alegando que los bienes de la Iglesia de ninguna manera debian ser gravados.

Jamás pudo obtenerse que el cardenal Sevérioli pagase aquel tributo por las tierras que dependian de su obispado de Viterbo, y persistió en resistir hasta su muerte; de manera que se tardó mucho tiempo en establecer aquel tributo con alguna regularidad.

La administracion francesa puso tal orden en los asuntos del tesoro romano, que á la muerte de Pio VII se hallaban pagadas todas las deudas de la Santa Sede, y habia un sobrante de un millon de escudos romanos, equivalentes á diez y seis millones de reales.

Leon XII quiso hacer un gran alarde de economía por la reduccion de impuestos; pero lo hizo con tanto acierto, que fué preciso abandonar y dejar desaparecer las manufacturas, el comercio, la industria; renunciar á las construcciones de carreteras en los Apeninos y á la explotacion de los bosques de aquella comarca: el resultado de aquellas desordenadas operaciones fué tal, que á la muerte de aquel Pontífice fué preciso contratar un empréstito para allegar fondos con que cubrir los gastos del cónclave.

El reinado de Pio VIII en nada cambió aquella situacion.

El de Gregorio XVI, que fué el en que tuvo lugar la presente historia, se reasume en una cadena de que cada eslabon representa un desastre.

En 1831, á poco de estar en el s6lio pontificio el nuevo Papa Gregorio, estall6 la sublevacion de las Romanías; los gastos de armamento militar, confiados á manos inexpertas, el crecido sueldo de los regimientos suizos y la supresion de impuestos conseguida por los sublevados, colocaron al primer periodo de aquel reinado en las circunstancias más penosas.

Desastrosos empréstitos comprometieron al gobierno pontificio para mucho tiempo; esas funestas medidas se fueron reproduciendo, hasta que llegó el caso de vender los bienes de la cámara apost6lica. A consecuencia de aquellas operaciones, pronto se encontró la tesorería gravada en más de un millon de escudos romanos anuales.

Otros hechos no ménos perniciosos: la estancia de los ejércitos austriacos, el aumento del presupuesto de la guerra y el abanderamiento de los regimientos suizos, completaron la penuria de tan dolorosa situacion.

¿En dónde se hallaba el opulento fasto de la córte romana en medio de tanta miseria?

Estando el gobierno romano reducido á tal extremo, la dimision del cardenal pro-tesorero dejó pasmada á la córte, al clero y al pueblo; parecia que la retirada de aquel hombre, que en tan peligrosas circunstancias habia sabido dirigir su nave salvando numerosos escollos, era una grande y terrible calamidad añadida á tantas desgracias: á la consternacion siguió la sorpresa general.

La dimision de un alto funcionario es cosa rara en Roma; y sobre todo dejar por su propia voluntad un empleo tan solicitado, dió lugar á mil suposiciones, y cada cual se esforzaba en descubrir las causas de tan extraordinario suceso.

Todos se perdian en aventuradas conjeturas; y en verdad que no es de extrañar: el Papa demostraba á su tesoro el más vivo cariño; le llamaba su *indispensable*; habiale conservado en su puesto contra las reglas, como ya hemos visto, despues de haberle nombrado cardenal: ¿cómo, pues, el Papa habia consentido en separarse de él?

He aquí una de las versiones que tienen más visos de probabilidad. Una bella dama, cuya influencia habia llegado á hacer estremecer el poderoso influjo de Doña Olimpia, poseia á orillas del Tíber una finca, por la que estaba muy ufana: sucedió que el cardenal-tesorero mandó construir cerca de allí un suntuoso y régio palacio que ofuscaba todas las demás casas circunvecinas: quejóse la dama al Padre Santo: éste quiso saber cómo se las componia el tesoro para edificar semejante palacio con los productos de su asignacion: el tesoro, creyéndose muy firme en su puesto, contestó ágriamente al Pontífice, sin calcular las consecuencias que aquella respuesta intempestiva podia tener; de ahí surgieron algunas desavenencias, hasta el punto que siguiendo la costumbre establecida en estos casos, el tesoro presentó su dimision; con gran sorpresa suya le fué admitida: acto continuo los enemigos de éste, que no eran pocos (un hombre que ocupa una elevada posicion suele tener muchos), empezaron á acumular una sobre otra acusacion contra la fortuna del cardenal, demostrando que era imposible que con sus propios ahorros pudiera un tesoro desplegar tanta opulencia.

Digamos de paso que la administracion de hacienda de Roma es lo más tenebroso que se pueda dar; todo en ella es desconocido y enredado para todos: los fondos entran y

salen de las arcas sin libro de registro siquiera; y todo el mundo sabe que las comisiones de prelados y cardenales que se nombran para ejercer alguna vigilancia sobre este particular, sólo existen en la forma, pero no de hecho.

Las cargas se repartian entónces con la misma desproporcion; por ejemplo: hay provincia en los Apeninos que desde más de veinte años pagaba al tesoro veinte y cinco mil escudos anuales de recargo para la construccion de carreteras, y sin embargo no podia pasar de tener impracticables senderos, ó alguno que otro camino vecinal.

Tales desórdenes engendran descontento, el descontento de las masas populares exige nuevos medios represivos, éstos á su vez doble gasto, y en la época en que pasa nuestra historia, los cuatro mil soldados suizos no bastaban para reprimir la insurreccion, cuyas tentativas llenaron de presos los calabozos del fuerte San-Léo y demás cárceles del Estado.

Los Papas no tienen sucesion: siendo, pues, usufructuarios infieles, sin intereses dinásticos, ávidos de goces materiales, y por estas razones cuidándose poco de lo que vendrá tras de ellos, temerosos de haber subido al poder demasiado tarde, y tener que abandonarlo demasiado pronto, se apresuran en saborear una dicha que están siempre á punto de perder.

Siguiendo plenamente estas doctrinas, el tesorero lo habia empeñado todo; al retirarse sólo dejaba un campo asolado: bastará decir que hasta la más insignificante industria, la de los traperos, estaba arrendada.

Hemos demostrado sencillamente algunas de las faltas de aquella fementida administracion, que más de una vez

se prende en sus propias redes: ahora bastarán pocos rasgos para dar á comprender su lealtad y buena fé.

El tesorero, segun costumbre tradicional, consideraba las deudas del Estado como suyas; y siendo así se cuidaba poco de pagarlas.

Jamás concedia su benevolencia á los que se le presentaban con algun título contra el tesoro: aquel buen señor empleaba una táctica especial contra todos los acreedores del Estado; á todos contestaba que habian llegado tarde, pues que ya habia pagado á los demás, y de aquella manera no pagaba á ninguno.

Véase un ejemplo. El conde B. de Perugia tenia, desde mucho tiempo, un título contra el tesoro: era un contrato sobre cambio de propiedad entre el Estado y él, bajo uno de los reinados anteriores: el gobierno habia tomado posesion; mas juzgando tal vez que el negocio no era tan provechoso como habia creido el gobierno, diferia de dia en dia el cumplimiento de sus obligaciones.

Al advenimiento de Gregorio XVI, el pobre acreedor, que habia inútilmente reclamado en tiempos de Leon XII y de Pio VIII, se presentó de nuevo; despues de haber tenido inútiles entrevistas con los ministros de Hacienda que se habian ido sucediendo, y sabiendo que el tesorero gozaba de buena reputacion, se presentó al Padre Santo: una vez en presencia de éste, le manifestó con cuánta injusticia se le habia tratado; y dijo á Su Santidad, que siendo padre de una numerosa familia, se veia reducido á la mayor indigencia: viendo el Papa las plausibles razones que asistian al conde, dió orden al tesorero para que se le pagara: á este fin el conde B. se presentaba todas las mañanas en el despacho

del cardenal-tesorero, sin obtener resultado alguno; cansado ya de tanto ir y venir, un día de gala esperó al tesorero á la puerta de su palacio, mas éste, seguido de un numeroso acompañamiento, no reconoció sin duda, ó no quiso reconocer al pobre conde, que pobrementemente vestido, se le acercó en ademán de súplica.

—Dad un escudo á este pobre, dijo volviéndose á sus criados; y siguió su marcha.

El pobre conde, en el colmo de su indignacion, profirió alguna palabra violenta: horas despues se halló en los calabozos del castillo de San Angelo, y fué asunto concluido.

Otro ejemplo:

Un caballero de Bolonia, que acreditaba sumas considerables contra el tesoro pontificio, cansado ya de idas y venidas, pensó que tal vez podria cobrar su crédito sacrificando parte de él: valióse, pues, de un amigo muy influente, y sirviéndose como de intermediario, ofreció rebajar cuatrocientos mil reales, entregando en cambio su recibo general. Esta proposicion fué hecha al tesorero: el resultado fué que el célebre cardenal prefirió quedarse con todo, y no entregó un céntimo al pobre bolonés, por más diligencias que éste hizo.

A pesar de tanto subterfugio y deslealtades, el gobierno pontificio se ve siempre obligado á tener que recurrir á los empréstitos: en los Estados romanos la usura es grandísima: cuando Ancona presta alguna cantidad, sólo lo hace al diez ó al doce por ciento: esto naturalmente es una plaga mortal: ¡pobre poder temporal! ¿no comprendes que la falta de prevision hace derrumbar los más sólidos tronos, incluso los que se creen descansar sobre eternas bases?

Encontrábase, pues, el gobierno en el caso de contratar un nuevo empréstito, y sabiendo el influjo que Ben-Saül ejercía sobre los judíos de Roma, lo mismo que sobre los demás de Italia, procuró atraérsele. El jefe de una poderosa institucion, el prelado-tesorero, la astucia de Panfilio y las seducciones de Doña Olimpa se habian coaligado para llegar al objeto propuesto.

Amenazas y promesas; conatos de persecucion y seductoras esperanzas; ofrecimientos de inmensos beneficios; un bello porvenir de derechos y franquicias, de concesiones civiles y políticas, nada pudo sacar del silencio y del flegma que Ben-Saül se resolvió á emplear: en vano el gobierno de la Santa Sede quiso deslumbrarle con las relucientes condecoraciones de las órdenes de Cristo y de San Gregorio, que Roma católica habia colocado poco ántes al pecho del célebre banquero judío que ha sabido poner sus arcas por encima de los tronos.

Ben-Saül, al ver á aquellos hombres que colocados en la cumbre de las dignidades tanto se empequeñecian ante él, comprendió lo que Ben-Jacobo le habia dicho; y siguiendo sus consejos, se mantuvo impasible, enérgico, y rehusó cuantas proposiciones le fueron hechas.

En el despecho que se reflejaba en las miradas de aquellos que tanto querian halagarle, comprendió Ben-Saül que desde aquel instante él y los suyos tendrian que luchar con enemigos implacables.

CAPÍTULO VII.

NOËMI.

El resentimiento de monseñor Panfilio contra los judíos era ya de larga fecha, y el odio que profesaba á esa raza no necesitaba por cierto del nuevo disgusto que le proporcionaba el amor de su sobrino por Noëmi.

La fatalidad así lo tendria dispuesto: lo cierto es que en su carrera á cada paso habia tropezado con los judíos: en todas partes los habia encontrado contrarios á sus proyectos, y cada vez que habia querido anonadarlos habia dado el golpe en falso.

Ocho dias habian trascurrido desde la tentativa de empréstito, y monseñor pensaba todavía, y con mucha amargura, que si su ambicion no podia hacerle recobrar su perdida influencia, de ello era causa la interposicion de una muchacha judía entre él y su sobrino.

Además, los judíos habian contribuido mucho á la ruina de Estéban, por la usura con que várias veces le habian facilitado dinero, y en su despecho se decia á sí mismo:

—¿No es una lástima que cuando el numerario de aquella gentuza, adquirido tan villanamente, podía remediarlo todo, esos séres malditos nos contesten con su silencio ó vagas negativas?

Bajo el peso de tan negras reflexiones regresó á su casa monseñor; penetró en sus aposentos sin proferir una palabra, pero su irritacion interior estaba demostrada en su rostro.

La numerosa cohorte de servidores de manteo, sotana y espada, que llenaban el palacio de Panfilio, no sabian á qué atribuir aquel estado en que se hallaba su amo y señor: el prelado, sin fijarse en esas pequeñeces, dijo en alta voz y con muy mal humor á su camarero que cerrase la puerta y que no queria recibir á nadie.

Quando dama Teresa, vieja beata que tenia el privilegio de servir ella misma la comida de monseñor y de presentarle por su propia mano los manjares predilectos del prelado, dispuso en presencia de éste la comida, cuyos guisados habia dirigido con el más exquisito cuidado, tuvo el sentimiento de ver cómo Panfilio iba rehusando tantos primores: bien habia observado Teresa que monseñor no habia salido de su estado mientras ella estaba disponiendo la mesa; pero como conocia el lado flaco de aquel, confiaba en que el seductor aspecto, el aroma y las exquisitas cualidades de las viandas vencerian aquella pesadilla: desgraciadamente para dama Teresa, todo cuanto hizo fué inútil: todos sus esfuerzos se estrellaron ante el pésimo humor de Panfilio: ni el rico portaje de fideos con una ligera capa de buen queso parmesano; ni un frito de dorados salmonetes; ni la apetitosa *mortadella*; ni el excelente guiso de codornices aromatizadas con es-

cogido romero; en fin, cuantas maravillas del arte gastronómico sacó Teresa á relucir, todo fué desdeñosamente recibido: qué más dolor, si cuando la buena Teresa quiso llenarle la copa de aquel rico *bálsamo de Jerusalem* con que Panfilio empezaba todos los dias, demostró un invencible escrúpulo y mandó bruscamente que le sacasen de delante aquellos platos cuya vista le incomodaban.

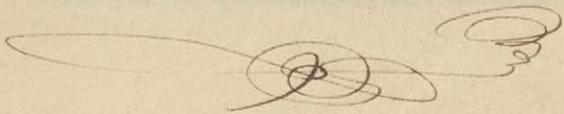
Estos pequeños é insignificantes vaivenes de la vida íntima adquirieron cierta importancia cuando se supo que la *signora* Teresa habia dicho á todos los de casa:

—Amigos míos, muy afligido debe estar monseñor cuando no ha probado siquiera la comida de hoy, que yo le habia preparado con sus manjares favoritos.... ¡pobre monseñor!

Mientras que Panfilio está digiriendo su cólera, en lugar de la sabrosa comida que en mal hora despreció, vamos á fijar nuestra atencion en otra parte.

Muy próximo á la casa de Ben-Saül habia en el Ghetto un sombrío y estrecho jardin; en aquel sitio todo era triste, mísero y desanimado; el aire y la luz penetraban en él con la mayor dificultad á causa de los elevados muros que le circundian; es verdad que ningun cuidado recibia de nadie, y que su suelo estaba lleno de yerbas y abrojos: es costumbre tradicional en los judíos el tener siempre sus casas cerradas y recibir la luz por medio de las ventanas que dan á los patios interiores, evitando de este modo las miradas del vecindario.

Aquel jardin triste, solitario y silencioso, era el punto que Noëmi habia elegido, no tan sólo para alejarse de toda sociedad importuna, pero tambien para entregarse al reco-



gimiento y calmar la agitacion que le embargaba los sentidos desde hacia ya algunos dias.

La linda hija de Ben-Jacobo pertenecia á aquella raza primitiva que podemos llamar *biblica*, por ser la que con más perseverancia sigue y observa la ley de Moisés: Boëmi no habia gozado la inefable dicha de educarse al lado de su madre, no la habia siquiera conocido; pues la que le habia dado el sér murió del mismo parto; educada, pues, por su padre, habia recibido una educacion severa, grave y sumamente religiosa; desde muy niña la habian sometido á la más exstricta observancia de los preceptos que tan fielmente saben guardar los israelitas; así es que su niñez y los primeros años de su juventud los habia pasado en una candorosa existencia. Una obediencia ciega á los deseos de su padre y una gran docilidad para el exacto cumplimiento del texto sagrado, hacia que aquella niña no supiese nada del presente y no pensara siquiera en el porvenir; así es como Ben-Jacobo queria mantener á su hija: el aspecto de aquel hombre era sumamente frio; y como quiera que Boëmi sólo lo habia conocido en su edad madura, siempre habia encontrado en su padre tal aire de gravedad, que su respeto para con él rayaba casi en miedo: habiendo vivido casi siempre en el mayor aislamiento, sin salir del hogar paterno, era aquella jóven un modelo de sencillez; sin embargo, en los primeros años de su juventud habia empezado á visitarse con algunos parientes y algunas amiguitas de su misma edad.

El corazon de Boëmi, su alma y su pensamiento, todo en ella era vírgen.

Ben-Jacobo era de un carácter patriarcal; para él la so-

ciudad, los derechos y los deberes de cada cual estaban representados por las obligaciones y por los beneficios que reporta el cariño del hogar doméstico.

Preocupábanle en gran manera los intereses de la gran familia israelita, y muchas veces habia descuidado su propia fortuna para dedicarse á defender el bien comun de sus correligionarios: la muerte de su esposa, á quien quería entrañablemente, y la pérdida de sus demás hijos que el hado del destino le habia arrancado, habian echado en el ánimo de Ben-Jacobo una nube que desde muchos años nada podia disipar: todo el cariño que podia tener á los demás hijos lo habia concentrado en su hija Noëmi: por lo demás la autoridad de aquel padre era dulce y bondadosa, admitiendo al mismo tiempo cierta libertad moral que no quería cohibir.

Noëmi amaba á su padre con una verdadera ternura filial; pero por las circunstancias especiales que habian concurrido en su educacion, tenia para con su padre una respetuosa reserva, no entregándose jamás á esa expansion tan dulce, como sucede con las madres de un carácter ménos severo que el de Ben-Jacobo.

En cuanto á instruccion, cuando Noëmi entró en Roma jamás habia visto otro libro mas que la Biblia.

Y sin embargo, la noble y excelente Noëmi llevaba en su seno los más fecundos gérmenes: en ella, la inercia era tan sólo aparente; el fuego de su mirada, su arrogante fisonomía, su irónica sonrisa y su majestuoso porte descubrian en la hermosa judía poderosas facultades, que un sople bienhechor harian desenvolverse.

La semana que acababa de trascurrir habia estado llena

de siniestras preocupaciones: muchas veces la pobre niña había sorprendido en el semblante de los de su casa y de alguno de sus vecinos las señales de una misteriosa aflicción: á pesar de que en su casa procuraban ocultarle las penas por que pasaban, Noëmi había adivinado el sufrimiento secreto de que estaban poseidos Ben-Saül y sus hermanos: con su cautela había oido ciertas confidencias que daban á comprender que el pueblo de Israel se veia amenazado de nuevas persecuciones: al ver á su padre evidentemente alarmado, la pobre jóven se sobrecogia de espanto, porque comprendia que para turbar la calma y el inflexible carácter de su padre era preciso que el peligro existiera en realidad y fuese inevitable.

Un presentimiento triste y poderoso la hacía personalmente partícipe de aquel malestar; sin comprender el por qué, sentia en sí misma que no era extraña á aquellos que parecian indicar próximos trastornos á los de su comunión religiosa.

Los dolorosos sucesos del jardin Pincio y lo que Noëmi sabia del que la habia ofendido; la carta recibida aquel dia por Ben-Saül; la salida y el abatimiento en que estaba á su regreso y algunas exclamaciones de indignacion escapadas de los labios de Ben-Jacobo, todos estos síntomas asustaban á la encantadora judía.

Si por ventura Noëmi dudaba en algo sobre lo que su instinto le revelaba, el hecho siguiente hubiera bastado para disipar sus dudas.

La víspera, su padre habia salido muy temprano y habia regresado al poco rato; despues de haber cambiado secretamente algunas frases con Ben-Saül, habia parecido

ocuparse en hacer importantes preparativos: poco despues la habia abrazado de un modo tan expansivo á que no estaba la niña acostumbrada, y pocas horas despues, Ben-Jacobo se hallaba en camino para Mántua, acompañado de Manuel, á quien consideraba ya como si fuera su hijo.

Como los judíos, cuando se hallan en algun momento de apuro ó en alguna circunstancia crítica, suelen escribir muy poco, cuando el padre de Noëmi se fué, no le dijo cosa alguna, ni siquiera le dejó ningun escrito, dejando á Ben-Saül el encargo de enterarla de su partida: cuando éste así lo hizo, procuró demostrar á Noëmi lo mucho que la apreciaba, y le preguntó si le permitia que le diera el título de hija: sonrojóse la jóven al oir semejante proposicion, de lo que Ben-Saül presagiaba una favorable contestacion; pero se equivocaba, porque la bella muchacha tomó resueltamente un aire de tan marcada indiferencia, que el anciano se vió desconcertado y comprendió su error.

Y es que á Noëmi le disgustaba sobremanera que su padre y el padre de Manuel tratasen mutuamente de hijos á ambos jóvenes: esto la contrariaba, sin que ella misma pudiese darse una explicacion del por qué.

Una trasformacion completa se habia efectuado en el ánimo de la jóven: su ardiente imaginacion contemplaba con asombro aquellas desconocidas regiones por que vagaba su espíritu: al rápido contacto de una llama interior se habia animado la que poco ántes era casi una estátua: ¡qué extraño es el espectáculo que ofrece una de esas naturalezas enérgicas contenidas por mucho tiempo, cuando en ella tiene lugar esa metamórfosis!

Quando Noëmi reflexionaba en todo lo que ante ella

habia trascurrido desde su llegada á Roma, veia disiparse las tinieblas ante ciertos rayos de una nueva luz que inundaba su alma: el recuerdo de la violenta brutalidad y de la proteccion de que á un mismo tiempo habia sido objeto en el jardin Pincio, daba á sus ideas una direccion opuesta á la que hasta entónces habian llevado; al pensar en todo aquello, un sentimiento de pudor la sonrojaba, y habíase entablado una lucha entre la modestia de su educacion y su amor propio como mujer: á duras penas se atrevia la inocente jóven á convencerse de las dulces emociones que sentia: al principio se sintió fuerte y exaltada; levantaba con fiereza su hermosa cabeza, y queria luchar frente á frente con aquel caos en que su mente y sus sensaciones acababan de entrar; pero pronto se asustaba de sus propios pensamientos y se abrumaba sobremedera: entregada, pues, á aquel combate en que luchaba su físico contra su moral, temblaba ante aquello mismo que desafiara momentos ántes: en presencia de un peligro en el que su propia conciencia jugaba un gran papel, Noëmi se preguntaba con qué apoyo podria contar alejada de su padre, que la habia dejado con tanta precipitacion: por fuerte que sea una naturaleza, no hay criatura humana que pueda resistir impasible á tales embates; así que la tierna jóven prorumpió en amargo llanto.

En aquella ocasion, Ben-Jacobo habia antepuesto sus afecciones religiosas á las de la familia; temiendo sin duda no poder resistir á una prueba tan dura, habíase marchado sin despedirse de su hija, sin fortificar su alma con una palabra de consuelo ni un beso paternal.

Era tal la veneracion y respeto que Noëmi tenia por las

voluntades de su padre, que ni siquiera trató de examinar su conducta en aquel caso.

En cuanto á la proteccion que la jóven podia esperar de Ben-Saül ó de su mujer, era á sus ojos completamente nula; el pobre viejo era en extremo tímido por naturaleza, y esta timidez habia subido de punto á medida que su avanzada edad le habia quitado en gran parte sus fuerzas, fisica y moralmente hablando.

Sara era una pobre mujer enteramente sumisa; acostumbrada tan sólo á obedecer los mandatos de su marido, mal podia ofrecer á Noëmi un vigor de que para ella misma carecia.

Si Manuel hubiera estado allí, bien podia defenderla en caso de peligro; pero habia en el alma de la jóven judía tal indiferencia por aquel jóven, que de ninguna manera podia pensar en mezclarle en los vaivenes de su vida.

En medio de aquel aislamiento general, otra persona se presentaba ante la ardiente imaginacion de Noëmi; hablamos del jóven que en el jardin Pincio la habia librado de los furiosos ataques de Estéban: su mente acariciaba con placer los recuerdos que conservaba de aquella generosa aparicion: todavia le parecia ver á aquel gallardo jóven, tan valeroso como desinteresado: el agradecimiento que aquella accion le inspiraba, iba mucho más allá de lo que alcanza un sentimiento ordinario de gratitud: Noëmi llevaba la suya hasta el entusiasmo, hasta la admiracion; y con ese ingenioso arte que el corazon de la mujer descubre con tanta facilidad, en sí misma exageraba el peligro que la habia amenazado, para poder de aquel modo ponderar mejor el gran servicio que le habia prestado su libertador y

aumentar á la vez el raudal de gratitud que brotaba de su corazón.

¡Pobre niña! Ella creía que sólo salía de su alma un sentimiento de agradecimiento, y en realidad lo que exhalaba su pecho era un dulce cántico de amor.

Tras de aquellos arranques venían luego el desaliento y el desconsuelo. ¿En dónde estaba aquel intrépido libertador de quien ignoraba hasta el nombre? ¡Ah! Si á su vista se presentara, aunque estuviese mezclado entre una inmensa multitud, no la engañarían sus ojos; no titubearía su vista en reconocer á aquel cuyo semblante tenía profundamente grabado en su corazón: hubo un momento en que llegó á pensar que debía buscarle y hacerle comprender lo que para él sentía, porque de antemano tenía en él la más completa confianza.

A medida que iban exaltándose las ideas de Noëmi, extendíase la ardorosa llama que abrasaba toda su organización, hasta el punto de que su pasión se trasformó en delirio; y es que en ciertas naturalezas existen tales gérmenes, que se bastan para engrandecer los elementos de alguna pasión que se agite en su seno.

Para librarse de aquel estado de intranquilidad que no habría podido soportar mucho tiempo, tomó la determinación de estudiar la capital del orbe católico en todas sus partes, y aunque judía, conocer en sus detalles la religión católica, cuyo dominio fué en otros tiempos tan vasto, y que iba ya desmoronándose.

Cuando Noëmi vivía en Mántua, había visto en el palacio de los duques los admirables frescos de Mantegna; la sala de los Gigantes, aquella obra colosal de Julio Ro-

mano; y desde que habia contemplado aquellas obras maestras, su inclinacion y amor por las bellas artes habia subido en alto grado.

Para llevar á cabo su propósito, aprovechó la franqueza de las costumbres italianas, que en Roma permiten que las mujeres vayan solas á cualquier parte sin que nadie repare en ello, y mucho ménos lo critique.

Un dia hallándose en el Vaticano en uno de los pórticos que Rafael enriqueció para siempre con sus inmortales obras maestras, estaba extasiada en contemplar tanta belleza: mientras su alma se deleitaba en aquella muda contemplacion, oyó murmurar en voz baja junto á ella; volvió la vista hácia el punto que le llamara la atencion, y vió á un grupo viviente que formaba por sí mismo un cuadro encantador.

Eranse un venerable anciano y un jóven; éste copiaba algunas de las admirables figuras que á la vista se ofrecian; su actitud parecia tenerle en un éxtasis completo: tal era su admiracion por el modelo que estaba copiando, que no parecia sino que estaba ante un objeto celestial: su compañero, el anciano de que hemos hablado, demostraba ser un hombre de mucho vigor; su bello semblante estaba realzado por una blanca y larga cabellera; sus facciones, que los años no habian marchitado, respiraban una serenidad encantadora: reflejábese en aquel rostro cierta transparencia que daban al conjunto un aire de santidad: su traje parecia indicar que pertenecia á la Iglesia: el porte del jóven era franco y animado; en su peinado ni en la barba se mostraba la vanidad ó la presuncion; no tenia nada de excéntrico, pero en la expresion de

su rostro se leía su inteligencia y amor al arte: veíanse en él enlazadas las señales de la bondad y dulzura con la energía: en su graciosa sonrisa descubriase un aire enteramente francés.

Para trabajar más cómodamente, se había arrodillado un momento como si estuviera en presencia de Dios; á cada línea que su lápiz trazaba, una muestra de entusiasmo se escapaba de sus labios; pero su compañero templaba aquella satisfacción con tal asiduidad de consejos, que parecía guiar la mano del artista.

El conjunto de aquellos dos personajes formaba un armonioso contraste: Noëmi, encantada y atraída á la vez por aquel espectáculo, del que no apartaba la vista, se encontró sin saber cómo al lado de aquel grupo, confusa y como avergonzada por lo que su curiosidad podría tener de inconveniente.

Cuando la jóven estuvo al lado del artista, éste volvió la cabeza; una exclamacion de sorpresa se le escapó al ver á Noëmi; ¿qué de más natural? él era artista en toda la extension de la palabra; ella era hermosa como un ángel: levantóse el jóven pintor, y con una galantería que demostraba su esmerada educacion, cerró su álbum, y dirigiéndose al anciano dijo:

—Maestro, dispensadme, si como vos, prefiero inspirarme en la naturaleza ántes que en las mejores obras del arte.

Despues de unos momentos de titubeo por una y otra parte, animóse la conversacion entre ambos jóvenes, y el anciano pudo contemplar el encantador espectáculo que le ofrecian aquellos dos jóvenes de tan opuesto tipo y ambos tan bellos.

Por de pronto, el diálogo entre el artista y la joven Noëmi no tuvo más objeto que tratar de las bellas artes y las victorias que con ellas alcanzaba la humanidad; pero poco á poco y como por instinto, la conversacion se fué haciendo más interesante: tratóse de las bellezas de la naturaleza, de las cualidades del alma, de los sentimientos del corazon, de los méritos, del talento y de los tesoros que encierran ciertas imaginaciones privilegiadas.

Llamó sobremanera la atencion el caudal de conocimientos que el artista poseia, al mismo tiempo que un juicio muy sano y unas inspiraciones muy poéticas; y luego aquella erudicion con la que tan bien sabía hermanar el arte con las más elevadas y generosas ideas, excitaban en la joven sus más vivas simpatías.

Lo que Noëmi sintió por el joven artista francés en aquella primera entrevista, fué una grata simpatía por sus brillantes cualidades personales y por su amabilidad; comprendia muy bien que podia concederle eternamente su amistad, pero jamás su amor. Con esta confianza se entregó plenamente á la inclinacion de tratarle con intimidad.

Cuando lo avanzado de la hora hizo separar á la joven del lado del artista, extrañóse al pensar en los progresos que hacia en la nueva vía que habia empezado á recorrer desde algunos dias.

Al dia siguiente, sin que hubiera mediado convenio de ninguna especie, los tres personajes de la vispera se encontraron en el mismo punto. Continuaron aquellas entrevistas alargándose más cada dia; de manera que apenas habia

trascurrido un mes desde el primer encuentro, y ya los dos jóvenes se profesaban la más sincera y franca amistad.

Los encantos que aquellas amistosas relaciones proporcionaban á Noëmi, le habian hecho olvidar sus pasadas y tristes impresiones; pero próximos acontecimientos pronto debian encargarse de hacerle entrar de lleno en los disgustos sin piedad.

Era tal la expansion á que se habia entregado la bella judía en su amistad con el artista, que desembarazada ya de aquella torpeza que es natural en las personas poco acostumbradas al trato social, su ánimo y su persona habian adquirido en poco tiempo una gran desenvoltura que hacía resaltar su gracia y su belleza; además era Noëmi tan elegante en su porte, en su gesto y en su modo de hablar, que todas sus cualidades personales se desarrollaban sin esfuerzo: bastábale su natural y poderoso instinto; así es que poco tardaron los nuevos amigos en contarse sus goces y penas, pero jamás con indiscretas preguntas por una ú otra parte.

Noëmi llevó su expansion hasta el punto de no ocultar al joven artista ninguna de las circunstancias por que habia pasado; supo á su vez que su amigo era efectivamente francés, que se llamaba Julio de Bonneville, y estaba en Roma pensionado por el gobierno de su nacion; que era de los que habian alcanzado los primeros premios en pintura, y que estaba pasando el cuarto año de sus estudios en Italia.

El anciano era un respetable sacerdote; llamábanle don Salvi, porque en el principio de su carrera eclesiástica,

aunque sin profesar en la órden de Benedictinos, se habia asociado á sus doctos trabajos.

Don Salvi entró pues en la comunidad de relaciones que existian entre los dos jóvenes; sentia por Noëmi el más vivo cariño y una secreta simpatía cuyas causas sabremos más adelante, y que tanto la niña como el venerable capellan ignoraban todavía.

Aquel buen señor habia habitado muchos años en Francia y tenia mucha inclinacion á las costumbres de aquella nacion; las relaciones que en Roma habia tenido con vários pensionados por la Academia francesa, le proporcionó la ocasion de conocer á todos ellos: capellan de la iglesia de San Luis, que es el templo que los franceses poseen en Roma, tenia numerosas relaciones con éstos.

Don Salvi, además de la bondad de su carácter, de lo amena que era su conversacion, tenia para aquellos dos jóvenes un atractivo particular: tenia vastísimos conocimientos de las artes de todas épocas, de todos los paises y de todas las escuelas; así es que tanto para los estudios como para la ejecucion, era su experiencia un guia seguro, una gran lumbrera que su amabilidad y fino trato hacia ser muy buscada.

Don Salvi se habia estrechamente unido á Julio, cuya lealtad de carácter y sinceridad de sentimientos sentaban perfectamente á su propia franqueza; y ambos, desde que Noëmi se habia juntado con ellos, habian jurado proteger á la jóven y prestarle toda clase de auxilio, cuidar de sacarla de cualquier peligro en que pudiera hallarse, y velar sobre ella con el celo que podian hacerlo un padre y un hermano.

Acercábase el día en que tenian que mandarse á París las obras ejecutadas aquel año en Roma: Julio, inspirándose en el nombre y en las delicadas facciones de la hermosa jóven, le suplicó que le sirviera de modelo para la ejecucion de *Ruth y Noemi*, que el artista queria dedicar á su amiga: ésta aceptó la oferta, y convinieron en que D. Salvi estaría presente en todas las sesiones.

CAPITULO VIII.

LA QUINTA DE MÉDICIS.

El cuadro de Julio Bonneville estaba concluido, y ántes de separarse de este lienzo, quisieron los tres amigos verlo por última vez, pues debia salir al dia siguiente para París. El talle y la figura de Noëmi era toda la obra, porque en ella concentró el artista toda su ciencia y la dotó de una pureza y gracias angelicales. Conservando lo que habia de belleza material en la forma, la habia animado con el hermoso ideal y con la castidad que la envolvía como un velo celestial.

Don Salvi abrazaba á Julio y le prometía un éxito infinito.

Noëmi tenia asida la mano del artista, que apretaba con ternura; los ojos del pintor iban de la copia al modelo, y parecia encantado y desesperado por la diferencia que existia entre ellos.

Cuando iban á enrollar el lienzo advirtieron que se habia olvidado poner la corta relacion que debia acompañar á la obra.

Don Salvi pidió un cuarto de hora para redactar la nota,

pero Noëmi no hizo mas que sacar un papel que tenia oculto en su seno, y les dijo con humildad:

—Yo he pensado en esto.

Y dictó á Julio el siguiente pasaje del libro de Ruth:

«Orpha abrazó anegada en llanto á su suegra, y se volvió; pero Ruth se asió fuertemente á Noëmi.

»Esta dijo á Ruth: Mira, tu cuñada se ha vuelto á su pueblo y á sus dioses; vete con ella.

»Mas Ruth la respondió: A donde quiera que fueres, iré; y donde morares, yo tambien moraré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios....

»Volvieron á Bethleem cuando comenzaban á segarse las cebadas.»

Cuando se llevaron la caja que encerraba el cuadro, se hubiera creído, al ver su dolor, que era un ataud que contenia restos queridos; pero luego para distraerse, se pusieron los tres juntos á contar alegremente los dias empleados en este trabajo. Estos recuerdos eran como los que la familia da al hijo que abandona su hogar....

La quinta de Médicis en que pasaba esta escena, está situada al lado del Pincio, y fué edificada por el cardenal Ricci en 1540, segun los planos de Anníbal Lippi; siendo poseída más tarde por los grandes duques de Toscana, tomó el nombre que lleva hoy.

En los primeros años de este siglo la adquirió, por medio de un cambio, el gobierno francés, y la destinó al establecimiento de la academia que Francia sostiene en Roma desde el siglo XVII. Hasta esta época, este establecimiento, fundado por Luis XIV, ocupaba el palacio Mancini, situado en el Corso.

EL NUESTRO PAIS

EL NUESTRO PAIS

EL NUESTRO PAIS

El pais es un territorio limitado por el mar, el cielo y la tierra. En su seno se encuentran los recursos necesarios para el sostenimiento de la vida humana. El pais es el hogar de la patria.

OBRA DEDICADA A SU PATRIA

100

EL NUESTRO PAIS

El pais es un territorio limitado por el mar, el cielo y la tierra. En su seno se encuentran los recursos necesarios para el sostenimiento de la vida humana. El pais es el hogar de la patria.

EL IDIOMA FRANCÉS

PUESTO AL ALCANCE DE LOS ESPAÑOLES.

Ó SEA

EL NUEVO SISTEMA PRÁCTICO.

Contiene: un método sumamente fácil para aprender á leer con brevedad la lengua francesa: elementos de analogía gramatical: veinte reglas para aprender *todas* las conjugaciones: un índice que comprende más de 1500 infinitivos de los verbos más en uso, con sus pasados de participio, á fin de facilitar las conjugaciones: un cursillo de las frases más necesarias en la conversacion. Tres cursillos prácticos de fraseología graduada, y un vocabulario con 7300 voces ó palabras más en uso.

OBRA DEDICADA Á SU PATRIA

POR

D. ENRIQUE BENAVENT.

Este utilísimo libro constará de unas 36 entregas de ocho páginas en 4.º, al precio de medio real en toda España.

Los suscritores de fuera de Madrid podrán remitir el importe adelantado de 10 entregas, que recibirán franco por correo á medida que vayan saliendo.

Se repartirán dos entregas semanales.

Dirigir los pedidos á D. Enrique Benavent, calle de Oriente, núm. 6, cuarto 3.º, Madrid.